

El Atlante.

*Aquel pueblo es verdaderamente libre
donde las leyes mandan y los hombres obedecen.*

N. 412.

Domingo 17 de Febrero de 1839.

EN LA PROVINCIA.

franco de porte.

un mes 14 rs. vn.
tres meses. 40.

SUSCRIPCION.

en esta Capital.

un mes. 12 rs. vn.

*S. Julian de Capadocia, y Sla.
Constanza.*

NOTICIAS EXTRANJERAS.

FRANCIA.

Paris 29 de diciembre

Discusion sobre el párrafo relativo á España de la contestacion al discurso del trono en la Cámara de los pares.

Sesion del 28 de diciembre

(Concluye.)

Pero por esto, ¿habrémos de decir que va nada se puede hacer en favor de la España? Además de los tratados en cuyo examen no entraré, ¿ha dejado acaso la causa de España de estar enlazada con la nuestra, ó importa tal vez menos en el día para la gloria y para la seguridad de nuestro trono nacional, el sosten del trono constitucional de la Reina Isabel II? Al contrario, señores; muy lejos de haberse disminuído el interés que tiene la Francia en los asuntos de España, ha creído y se ha hecho mas imperioso que nunca; y precisamente en el momento en que no podemos hacer gran cosa por ella es cuando mas necesitaríamos que la España fuese una nacion fuerte, y que nuestra frontera del Pirineo estuviese segura y tranquila. Aquí, señores, es donde resalta mas y mas lo vicioso y errado de la politica imprudente que el ministerio ha seguido con respecto á la Peninsula.

Efectivamente, en tiempo de paz no tendríamos en la cuestion de España mas que un interés de honor y de dignidad, lo cual es cosa de poca monta segun la politica mo-

derna; pero no bien se levanta una nubecilla en el horizonte politico, no bien aparece alguna complicacion en las orillas del Rhin, cuando lo que pasa en los Pirineos no importa ya solo á nuestro honor y á nuestra dignidad, sino tambien á nuestra seguridad. Tal es la situacion en que vamos á entrar. La cuestion belga encierra en su seno la paz ó la guerra; podrá pues producir esta última, y sea cual fuere la hipótesis que se admita, yo pregunto si hay algun hombre de esta parte en Europa que pueda pronosticar como estaremos dentro de tres meses. Por mi parte declaro que no lo sé: la Francia y la Europa entera están en una complicacion tal, que cualquiera casualidad puede producir grandes acontecimientos, y esta ignorancia y esta inquietud que inspira el porvenir son la acusacion mas grave que pueda hacerse contra el ministerio. Dentro de pocos meses podremos encontrarnos en los mas terribles compromisos, y es indudable que en semejante situacion necesitamos mas que nunca ser y presentarnos fuertes y poderosos, y tener disponibles todas nuestras fuerzas.

Por otra parte, esta situacion es tambien la mas propicia para nuestros enemigos que no dejarán de retribuir sus esfuerzos para debilitarnos y suscitar nos dificultades en otros puntos. ¿Y cual seria la desgraciada complicacion en que nos veríamos, por ejemplo, si en la primavera próxima, cuando la Europa se presentará armada bajo los muros de Luxemburgo, y cuando á imitacion de la Prusia en 1832, para asistir á lo menos con alguna apariencia de dignidad á la triste ejecucion de los 24 artículos, hubiésemos reunido sobre la frontera del Norte un ejército imponente para cuya formacion habrá sido preciso

desmembrar las fuerzas de otros puntos importantes del territorio francés, cual seria, digo, nuestro compromiso, si en medio de esta difícil situacion, D. Carlos aconsejado y secundado por sus amigos, que no lo son nuestros por cierto, aprovechando la ocasion, renovase la expedicion que ya le condujo una vez á las puertas de Madrid, y lograrse derrocar el gobierno constitucional de la Reina Isabel? Entonces nos veríamos precisados, sino á intervenir en España, á lo menos á reunir en los Pirineos un ejército de observacion capaz de intimidar á aquel rey ambulante y de contener á los descontentos del Mediodía de la Francia.

¿Creéis acaso exageradas estas conjeturas? Yo deseo vivamente que lo sean, y no las presento como tales sino como eventualidades que no debe perder de vista todo hombre de estado previsor. Disminuidlas si quereis, debilitadlas cuanto os sea posible: siempre conservarían un alto grado de importancia y llamarán seriamente nuestra atencion imponiéndoos el deber de seguir una conducta digna de la Francia. Así, pues, señores, voy á hacer al presidente del consejo las preguntas siguientes:

1ª S. E. declaró el año pasado en esta tribuna y repitió luego en otra, que el triunfo de D. Carlos y una contrarrevolucion en España serian una gran desgracia para la Francia. Sea cual fuere lo exacto de estas dos versiones, pregunto al presidente del Consejo si persiste hoy dia en la misma declaracion.

2ª Si persiste en ella, como no lo duelo, le suplico diga si puede tranquilizar á la Francia sobre el peligro de que se realice semejante desgracia.

3ª Y si lo hace y la Francia puede estar segura de que no habrá

contrarevolucion en España, si tenemos contra esta calamidad la garantía de un compromiso ministerial, creo que deberemos darnos por satisfechos, y yo por mi parte solo tendré elogios que tributar al gabinete.

Pero si en lugar de garantías, en lugar de un empeño formal no oímos de boca del señor presidente del consejo más que la manifestación acostumbrada de simpatías y de esperanzas, yo contestaré por mi parte que estas no me satisfacen y que dejé mi ánimo entregado á la mayor ansiedad al contemplar el dudoso porvenir que presenta la cuestión de Bélgica.

Pero se me dirá ¿que es lo que yo propongo para remediar la situación de España en las circunstancias actuales? Supuesto que no es posible en el día intervenir ni cooperar, ni prestar á aquella nación ni un maravedí, ni un soldado; entre la intervención, la cooperación ó un empréstito por una parte y los deseos y simpatías por otra, ¿que medio encontráis? ¿Que expediente proponéis que no exija en este momento las fuerzas militares y el dinero que la Francia necesita para otras atenciones y que pueda no obstante auxiliar con alguna eficacia una causa intimamente unida á la nuestra?

Este medio, señores, lo propuse ya el año pasado sin que el presidente del consejo se dignase entrar en su discusión: ahora lo propongo de nuevo y deseo que tenga mejor acogida que antes.

En primer lugar, señores, este medio no es una utopía nacida en la imaginación soñolienta de un filósofo postrado por la fiebre. No; yo he conferenciado sobre él diferentes veces con los primeros hombres de estado que tiene la España, y tengo algún motivo para creer que la diplomacia europea no le rechazaría. No tengo la presunción de ser para la cuestión española lo que M. de Montalembert es para la cuestión belga. Yo no tengo ni puedo tener ningún interés que me ligue con la España, pero el señor presidente del consejo convendrá probablemente en que no estoy mal informado, y en que la España no me desmentiría.

El medio algo eficaz de socorrer á España en las circunstancias en

que hoy día se encuentran la Francia y la Europa, consistiría simplemente en celebrar una nueva conferencia entre las potencias consiguatarias del tratado de la cuádruple alianza para examinar de consuno cuales han sido los efectos que ha producido la cláusula adicional del 18 de agosto aneja al tratado de 22 de abril, y examinar de comun acuerdo si hay ó no necesidad de añadir otras cláusulas á las ya existentes.

Aquí se esforzó M. Cousin en probar que el primer resultado de la conferencia sería desalentar á los carlistas y reanimar á los españoles fieles á la causa con situacional; y en seguida prosiguió en estos términos.

Entre las medidas favorables, prudentes y muy practicables de que creo podría ocuparse la conferencia, hay una que puede de antemano anunciarse sin peligro, porque de todos modos debe adoptarse y lo más pronto posible, ya sea por las dos grandes potencias que firmaron el tratado de 22 de abril y la cláusula del 18 de agosto, ya sea por la diplomacia europea. Hablo, señores, de la prohibición, so pena de incurrir en la execración de la Europa, de esas abominables represalias practicadas por ambas partes beligerantes en España contra los prisioneros de guerra.

Es absolutamente preciso que la Inglaterra y la Francia rompan por sí mismas el tratado de 22 de abril, ó tienen contraído de lo contrario un religioso deber, cual es el de servirse de comun acuerdo de su poderosa influencia para obtener del gobierno español que prohiba á sus generales, á sus gefes y magistrados esas horribles represalias; y una vez hayan cesado estas por parte del gobierno de la Reina, veremos si D. Carlos será osado para continuar en ellas. Me dirijo en esta ocasión al presidente del consejo y le pido una intervención en los asuntos de España; intervención pacífica, humana, religiosa que salve el honor del ministerio, el del tratado firmado por nuestro rey, que salve, en fin, el honor de nuestro siglo y de nuestra civilización.

Quiera el cielo que el señor presidente del consejo, conociendo sus verdaderos intereses, los del minis-

terio y los del gobierno á cuyo frente se halla, no desatenda la proposición que acabo de presentar á la consideración de la Cámara.

M. MOLE contestó en pocas palabras que no comprendía lo que podría adelantar una nueva conferencia diplomática en el estado actual de cosas, añadiendo que las potencias tienen otros medios de entenderse y de velar sobre la seguridad de todos. No repruebo, dijo, el medio propuesto por el orador; pero no creo que sea este el momento oportuno de adoptarlo.

En esto el presidente de la Cámara levantó la sesión para continuarla al día siguiente.

UN DIA

CON SIR WALTER SCOTT.

Un año ó dos antes de que sir Walter conocido anteriormente por M. Scott á secas, se declarase autor de la novela *Waverley*, tuve la dicha de pasar casi un día entero en su compañía en Jedburgh. Después de comer, algunos jóvenes y el fuimos á visitar á un caballero que vivía en un antiguo castillo, donde la desgraciada reina de Escocia María Estuardo había permanecido enferma una temporada, y donde se conservaban también preciosas antigüedades.

Scott no conocía á la persona á quien íbamos á ver, la cual estaba abrumada de pesares domésticos, y evitaba todo trato con los extraños. Sin embargo, como había sabido que el novelista vivía en la vecindad, le convidó á que con sus amigos fuese á ver el aposento consagrado por el rey de Inglaterra á las reliquias históricas en el depósito.

Cuando subíamos la escalera de piedra por donde se llegaba al aposento principal del antiguo edificio, pronunció el poeta estas palabras en tono natural pero muy sentido: "Ah! noble María, cuánto sufrió aquí!" Y apenas llegamos á la angosta cámara donde luchara con su dolencia, la sensibilidad de Scott adquirió mayor grado de expresión. Entre los objetos antiguos que allí se le enseñaron, estaba la pistola de Claverhouse, hallada en el campo de Killcrankie. Yo observaba á

tentamente al grande autor desconocido, mientras él fijaba su atención en aquel instrumento de muerte, que en una ocasión terrible había armado la sangrienta mano del caballeresco Claverhouse. Al devolverla á su dueño, salieron del oprimido pecho de sir Scott algunos suspiros de dolor.

Pero el huésped, devolviendo la pistola á sir Scott, le dijo: "Hacedme el obsequio de aceptarla y conservarla en vuestro museo, donde tendrá colocación más digna."—Sir Scott respondió con viveza: "No, no la tomaré; tengo sin duda alguna pretensiones al título de anticuario, pero me espanta la mendicidad."—No me neguéis este favor, replicó el caballero, nadie puede menos que vos guardar la pistola de Claverhouse, y no creo que me hagáis semejante desaire.—En un buen momento dijo sir Scott en tono de alegría con alguna mezcla de orgullo, al tanto el precioso regalo, pero con la única condición de que lo más pronto que sea posible pasará V. quince días en mi casa de Abbotstord, para ver todo lo que allí haya digno de curiosidad.

El convite quedó aceptado.

Durante la comida, contó la dueña de la casa á sir Scott que una señorita de los alrededores, después de haberse visto perseguida por un toro furioso pasó una enfermedad en la cual sus cabellos se volvieron blancos, y que muy presto se le pondrían enteramente blancos, si su color natural continuaba sufriendo la gradual alteración que en ellos se notaba. Este incidente llevó á sir Scott á disertar sobre el asunto y á referir en seguida algunas anécdotas con aquel estilo peculiar tan gracioso como admirable, que hacía su conversación la más entretenida é instructiva del mundo. Contaba sus cuentos sin afectación, con decoro y con toda la riqueza y propiedad de expresión, movilidad y variedad en su pensamiento hasta el infinito.

"Esto me recuerda dijo, con su acostumbrada introducción una historia bastante curiosa. No acabo de creer que los cabellos puedan ponerse repentinamente blancos por efecto de súbito terror, como en las novelas se lee. Pero el toro furioso me ha recordado un suceso semejante, de que fui testigo en Elimburgo.

Come yo desde la ciudad vieja á la nueva, cuando ví un toro que había practicado en una cerca, acosado por los mozos del matadero, cu-

yo habíero trito le había puesto furioso. La vista de la turba reunida en torno aumentaba su furor. Al cabo de mil tentativas, los mozos empezaron á echarle cuerdas al redor del cuello y en las astas, procurando derribarle para darle muerte allí mismo. Entonces subió de punto su furor: enspebó sus ojos, salían de su boca torrentes de espanto, escribía la tierra con las manos, lanzando el polvo á gran altura, y silbaba con tal fuerza que hacía estremecer el suelo. Era este para mí, lo aseguro, un espectáculo tan poco agradable, que no tardé en continuar mi camino para entrar en casa. Pero ántes de alejarme mucho, un grito de alerta me obligó á mirar atrás, y vi al terrible animal que venia flechado hacia mí, y ya á muy poca distancia del punto donde me hallaba. No me quedó más tiempo que el preciso para encaramarme en el muro exterior del parapeto, desde donde podía observar cuanto ocurría.

Aun me estremezco pensando en lo que presencié en aquel momento. Entre la turba que me rodeaba había un joven que llevaba una capa encarnada: la inteliz probó también á subir al muro, pero no tuvo tiempo ni fuerza para conseguirlo, y el furioso animal se derribó sobre ella. Sin embargo, volvió hacia el parapeto, como para medir con exactitud la extensión de su destino, y se quedó pegado de espaldas al muro, tendiendo los brazos hacia adelante, en actitud de la más negra desesperación. Qué defensa hubieran podido proporcionarle? ¿cómo resistir con aquel delicado cuerpo á una fuerza capaz de romper barras de hierro, á unas puntas que habrían traspasado el cuerpo más fuerte y colosal?

El toro, como iba diciendo, venía en línea recta sobre la desgraciada joven: pero por muy certera que tuviese la vista, hubo de equivocarse tal vez en una sola palgada y en el momento de lanzarse sobre su víctima, salió del gentío un espantoso grito de terror. Era sin duda horrible el espectáculo que ofrecía un ser, el más débil y delicado de la creación, en presencia de la naturaleza bruta y furiosa.

Se Continuará.

VARIEDADES.

El general Mustafá Ben Ismail.
(Continúa)

Quando el mariscal quiso hacer

un reconocimiento en la cordillera que deliene el valle de la Tafna, los kabiles salieron á impedirnos el paso, y acometieron valerosamente á nuestros traidores. Mustafá, sostenido por el escuadrón de los espahís, fingió con los duaires tomar otra dirección; y dejándose caer luego con impetu, evolvio al enemigo, y tomó á galope una posición que nos embarazaba mucho tiempo hacia para nuestros movimientos. El honor y la gloria de esta bella acción fue todo suyo. Después de una ausencia de más de un mes, el ejército expedicionario volvió á entrar en Orán. El capitán de ingeniero Cavaignac se había quedado en Tremecén con 500 voluntarios que habían aceptado la penosa comisión de conservar aquella plaza á costa de mil privaciones y riesgos que no se podían prever. Apenas volvió el ejército se prepararon nuevas expediciones y en aquellos dos años no hubo ni treguas ni reposo: el sol lo dió á su patria toda la fuerza física que tenía, toda la fuerza moral que permitía á la humanidad poseer.

Se había preparado una expedición con el objeto de dar nuevo impulso á los negocios de África, y que después ha servido al sistema vigente en la actualidad. El 7 de Abril de 1833, el general d'Arminges salió de Orán para ir á reconocer el camino de la isla de Aarcisgona. Después de haber perdido algun tiempo en el camino, llegamos el 14 delante del Oued Gazer. Como no había ni se veía ni ningún castro de árabes; estábamos inclinados á creer en la vejecidad de las órdenes del día, que nos aseguraban que Ab el Kuler estaba perdido sin remedio. Pero á eso de las cinco de la tarde vimos todas las alturas cubiertas de gigantes que encendieron sus hogueras para venir á vista de nuestras grandes guaridas. Estos nos preparamos para el día siguiente.

Mustafá, que conocía las dificultades del terreno que tendríamos que atravesar en nuestra marcha aconsejó al general que diese batalla al romper el día y venciese al enemigo antes de meteros en los barrancos. A esto añadía: Aquí le vencerás tú y más adelante él te matará á tus soldados uno tras de otro"

No atreviéndose à salir de las instrucciones que llevaba el general, persistió en dirigirse à la isla, contentándose con tirotear sobre sus flancos y retaguardia. Mustafá meneó la cabeza, y cedió à los preceptos de una voluntad superior; pero ya habia formado su plan. Al amanecer pidió ir en la vanguardia, y ladeándose un poco à la izquierda se lanzó impetuosamente en medio de la caballería enemiga. La osadía de esta maniobra sorprendió al pronto à las tropas del emir, las cuales volviendo luego de su aturdimiento cargaron con furia sobre los duairs. Ya nos llegaban los heridos en gran número; pero el viejo agà, impassible en medio de aquel riesgo parecia esperar con una resignación estoica que fuésemos à sacarle del apuro. A ruegos del coronel Combes el general envió tres escuadrones del segundo de cazadores, que restablecieron un poco la pelea; pero agobiados por el número, nuestros ginetes hubieran tenido que ceder à su vez el terreno, si el general no hubiese por fin movido la infantería que dirigiéndose en dos columnas cerradas sobre las alas del enemigo, le obligó al paso de carga à retirarse precipitadamente.

Mustafá, que se habia querido sacrificar evidentemente en esta circunstancia, se grangeó el aprecio y la estimación de todos. Por lo demás se vió pronto la exactitud de sus vaticinios, porque el camino que nos quedaba que hacer era espantoso; y el enemigo que habia tenido pérdidas enormes no nos perseguia sino débilmente. El 16 llegó el ejército à la embocadura del Tafna. No teniendo noticias del enemigo, y no queriendo aventurarse demasiado en el país de los kabales, el general tomó la prudente resolución de hacer un gran reconocimiento sobre la brilla izquierda del rio.

Hizo pues que le pasaran por la noche 1500 infantes, y mandó à los tres escuadrones de cazadores y al *goum* de Mustafá que estuviesen à caballo antes del dia. Esta jornada fue tambien feliz para nosotros; el general recibió una contusion en la nuca, y entrego el mando al coronel Combes, que se hizo admirar del soldado. Mustafá

bramaba de furor por tener que retirarse. Mil veces se volvia con la rabia con que se vuelve un javalí herido, y contempia la audacia de un enemigo embriagado con el triunfo. Los duairs y zemelas perdieron mucha gente, y fueron los últimos que entraron en el acampamento con los tiradores de infantería. En esta ocasion vimos à Mustafá coger su largo fusil y manifestar à pesar de su avanzada edad todo el brio de la mas fogosa juventud. Era el primero en animar con la palabra à todos, y en disparar con el fusil

(Se continuará)

Camino de arambre.

M. Teubolie, de la marina de Brest, parece que ha verificado en el mes de octubre último una experiencia de su invencion. Sobre un cable de arambre compuesto de cuatro hilos, asegurado por sus extremos à la distancia de mas de 350 varas en dos puntos fijos que el autor llama estendedores (tendeurs), ha rodado un carro con 60 arrobas de peso, caminando con una rapidez equivalente à 6 leguas por hora, rapidez que puede duplicarse y aun triplicarse aumentando la carga. Asistieron à la experiencia el prefecto de marina, el general Jaunin y el director del puerto, y se trata, segun dicen, de establecer por este medio una comunicacion entre el nuevo hospital, y el bosque de pinabetes que sirve de paseo à los convalecientes.

ADMINISTRACION DE RENTAS UNIDAS de la Provincia de Canarias.

Prevenido en Real Decreto de 30 de Diciembre del año último, recibido en esta Provincia por el último correo, que los empleados en la Administracion de las Rentas del Estado quedan sujetos, segun los casos y motivos, à las penas de suspension ó separacion de sus respectivos destinos, sino promueven eficazmente la cobranza de todos los atrasos de las rentas, contribuciones y derechos; esta oficina principal se halla ya en el caso de anunciar à los contribuyentes por el subsidio industrial y de comercio de esta Capital, respectivamente al año último de 1838, que su posicion en el dia es mucho mas comprometida que lo era cuando hizo su última invitatoria en 8 de Enero pró-

ximo pasado, y que por lo mismo está en el caso de activar por cuantos medios se hallan à su alcance la pronta recaudacion del indicado impuesto.

En su consecuencia, deseosa sin embargo esta Administracion de no vejar en lo mas mínimo à los contribuyentes sino cuando absolutamente le sea imposible el evitarlo, invita de nuevo à los mismos para que dentro del plazo de quince dias se presenten à pagar sus respectivas cuotas, esperando que esta prueba de su deferencia será reconocida por las contribuyentes, y que por lo mismo se apresurarán à cumplir dentro del plazo señalado.

Santa Cruz de Tenerife 15 de Febrero de 1839.—Francisco de Azpurua,

REMITIDO.

Sta. Cruz Febrero 16 de 1839.
Sr. Redactor del Atlante.

Muy Sr. mio: He visto en su apreciable periódico de hoy, un comunicado suscrito por D. Antonio Cifra de este vecindario, en que instruye al público de las causas que motivan el descenso que ha sufrido el producto de agua vendida en estos últimos años, comparado con el que tuvo en los de 1829, à 36 inclusive. Confieso à V. me ha sorprendido la lectura de este artículo, pues ni creí, ni creo en el momento que tuviese tal importancia el asunto, ni que el articulista se hiciese tan poco favor de creerse en la necesidad de dar esa publicidad gratuita, como justo reparo de una oficina interventora hasta cierto punto en los fondos municipales, y oficina que no hace suponer lo que no existe, al Exmo. Sr. Gefe superior Político de esta Provincia, y oficina en fin que cumplió su deber en comparar los productos de unos y otros años. Culpe el articulista à la falta de expresion con que hizo aparecer el Ayuntamiento este producto, y con conocimiento de ello, satisfará sus escrúpulos y resentimiento que manifiesta en su informe à dicha corporacion, fecha 8 del actual, que copia en dicho periódico, y que hasta ahora no tengo conocimiento se haya trasladado al Gefe superior de la Provincia.

De V. atento servidor—Q. B. S.
M.—Juan de la Cruz Cordero.

Editor responsable P. M. RAMÍREZ.
Imprenta de EL ATLANTE.